

La información publicada ayer por unomásuno sobre los resultados de la XIV Conferencia de los Ejércitos Americanos procede, como el periódico decía, de una de las numerosas publicaciones de la editorial londinense *Latin American Newsletters: América Latina: informe político*. El número señalado se publicó el 11 de diciembre de 1981 y recoge, en su primera página, un resumen de lo que fue, según esa información, la reunión de altas personalidades castrenses de América Latina y el Pentágono en el Fort McNair, Washington, D.C., en el pasado mes de noviembre.

unomásuno ha proporcionado los datos fundamentales del *Informe Reservado*, así se titula, del documento antes señalado. Cabe resaltar el número de ejércitos presentes en la Conferencia de acuerdo, una vez más, con el mismo texto original y que no se citan en el diario. Acaso tenga interés ese aspecto básico: Argentina, Barbados, Bolivia, Brasil, Canadá, Chile, Colombia, República Dominicana, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Haití, Honduras, Jamaica, Panamá, Paraguay, Perú, Surinam, Uruguay y Estados Unidos.

Las resoluciones adoptadas en la XIV Conferencia de los Ejércitos siguen, en sus grandes líneas, las posiciones adoptadas, como estrategia global, por el Departamento de Estado y el Pentágono: considerar la crisis latinoamericana y, sobre todo, la centroamericana como el resultado de una "subversión marxista" y no de la creciente contradicción de las fuerzas sociales y del fracaso paralelo del modelo económico y las formas tradicionales de apropiación violenta de la riqueza por grupos minoritarios nacionales y transnacionales.

Eludiéndose esa proposición analítica no queda en pie, en consecuencia, nada más que una declaración de guerra. Esa declaración de guerra emerge, casi textualmente, del texto de *América Latina: informe político*. Guerra contra los "terroristas", "infiltrados" y, en suma, contra todos los que individual o corporativamente —organizaciones como el Consejo Mundial de las Iglesias, Amnistía Internacional, etc.— colaboran no en el cambio, sino en la subversión.

Pacto en Washington

La teología de la subversión

Juan María Alponse

Desde ese punto de vista, cuyo esquematismo ideológico y político sigue siendo inaceptable, la discusión es inútil. Esos mismos ejércitos, esos mismos generales tendrán que reconocer, en sus propios países, que no es necesaria la "importación" de la revolución (se niega el término de revolucionarios a quienes lo son y se postula que sean denominados, simplemente, "terroristas" o "subversivos") porque ésta se forma, casi irremisiblemente, en las condiciones internas, esto es, en las formas sociales de relación de intereses y acumulación de conflictos del modelo económico dominante.

Es importante subrayar, no obstante, que la Conferencia de los Ejércitos Americanos regresa al pasado. La estructura del Sistema Militar Interamericano (IAMS) había sufrido ya, en 1961, una reformulación muy amplia. Hasta entonces, de una forma u otra, había subsistido, como hipótesis, la idea de una alianza militar continental fundada en la posible o remota intervención exterior. En el curso de la segunda guerra mundial fue muy claro que el IAMS valoraba esa posibilidad pensando en Alemania o Italia.

A partir de la revolución cubana se produjo, como es sabido, un cambio profundo, radical. Hasta entonces la idea hemisférica de la colaboración militar se había atendido, en Washington, a tres grandes líneas: 1) *Quarter-sphere Defense*; 2) *Hemisphere Defense*; 3) *Secondary Space*.

El primer concepto recogía, bajo el nombre de *Cuarta Esfera*, un arco de defensa que integraba las zonas fundamentales del hemisferio norte y occidental en el cuadro estratégico de la segunda guerra mundial. El segundo implicaba la consideración política de la "responsabilidad colectiva" en la defensa para to-

dos los países integrantes del Sistema Interamericano. El Tratado de Río resumía, en su sentido último, esa concepción. La tercera proyección, es decir, el Espacio Secundario, surge en los años de la guerra fría. Según ese diagnóstico último los estrategas del Pentágono diferenciaban, de mayor a menor, las regiones críticas. La primera era el *Power Belt* o Espacio Decisivo (*Primary Space*), que implicaba a casi todo el hemisferio norte, es decir, la mejor parte de los países industrializados. Detrás estaba un Espacio Secundario (entre los 10° y los 40°) compuesto por los países del Tercer Mundo con "responsabilidades periféricas" y que sólo se contemplaban como "suministradores de materias primas".

Para América Latina, en el cuadro del *Secondary Space*, se alineaban variables particulares, es decir, una red de acuerdos, convenios o tratados bilaterales para proteger el sistema y la hegemonía USA. Pero la evolución política del Tercer Mundo y la revolución cubana modificaron aquel proyecto estratégico. Bajo la administración de Kennedy (cuya tradición "liberal" le ha salvado de todo rigor analítico) se modificó el esquema. La idea hemisférica de *reacción armada masiva* fue reemplazada, de un lado, por la estrategia de *Flexible Response* y, del otro, por la creación de una política antiguerrillera (*Anti-foco*) que coordinaba de una manera nueva las fuerzas del Pentágono y las fuerzas represivas del continente.

La interacción de la estrategia y la política entraron en escena recogiendo, fundamentalmente, la hipótesis de la Escuela Superior de Guerra del Brasil que, antes del golpe de 1964 y coincidiendo con el cambio de estrategias bajo Kennedy, había aportado ya la doctrina de la *seguridad nacional* y el de-

sarrollo que, en el fondo, serviría de base para la Alianza para el Progreso. Tanto en la Escuela Superior de Guerra del Brasil como en el famoso Centro de Altos Estudios Militares de Perú se institucionalizó, desde puntos de vista no siempre idénticos —más populistas en Perú—, la hipótesis de que la doctrina de *seguridad nacional*, con sus centros de represión, tenía que ir acompañada de ciertas reformas sociales que sólo "el partido más fuerte" (el militar) podía llevar a cabo sin que la reforma se convirtiera en "subversión". Los resultados están a la vista. Ello impuso, sin embargo, otro hecho. La dependencia tecnológica, en el terreno militar, ostensible en las etapas previas (Cuarta Esfera, hemisferio occidental y Espacio Secundario) se hizo más y más notoria a partir de 1961, es decir, desde el momento mismo en que los hermanos Kennedy organizaron la coordinación antiguerrillera y la doctrina de *la respuesta flexible* ante los "focos". Desde esa etapa se hizo evidente, por la naturaleza misma de las cosas, que la corresponsabilidad militar se ampliaba notablemente, a los sistemas policíacos de seguridad del Estado. Muchos países de la región han tenido pruebas de esa grave interacción.

Recuperando esas grandes líneas pareciera ostensible, desde las afirmaciones del informe político de *Latin America Newsletters*, que la propensión es hoy la misma, pero con un progresivo ascenso del poder intimidatorio, es decir, buscando la prescripción de la crítica y eliminando, bajo el esquematismo de un lenguaje primario —"terroristas", "subversivos", etc.— la menor posibilidad de entender, con todas sus variables y no sólo desde una sola, lo que ocurre en una región alzada en razón de sus propias estructuras, desde su propia desesperanza. Esa realidad básica, eliminada o sustituida por el reduccionismo ideológico de la XIV Conferencia de los Ejércitos Americanos, nada añade. Una ideología armada, pero sin razones, difícilmente resolverá los problemas latinoamericanos. Menos, aún, sus contradicciones y conflictos. El ejemplo de Argentina culmina, en el fondo, el fracaso de la doctrina de la seguridad y el desarrollismo.